

Jean-Claude Milner

La arrogancia  
del presente

Miradas sobre una década:  
1965-1975

MANANTIAL  
Buenos Aires

Título original: *L'arrogance du présent. Regards sur une décennie: 1965-1975*  
Bernard Grasset, París  
© Éditions Grasset & Fasquelle, 2009

Traducción: Irene Agoff  
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien de Culturesfrance, opérateur du Ministère Français des Affaires Etrangères et Européennes, du Ministère Français de la Culture et de la Communication et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo de Culturesfrance, operador del Ministerio Francés de Asuntos Extranjeros y Europeos, del Ministerio Francés de la Cultura y de la Comunicación y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Milner, Jean-Claude

La arrogancia del presente : miradas sobre una década : 1965-1975 . -  
1a ed. - Buenos Aires : Manantial, 2010  
192 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-500-136-7

1. Movimientos Políticos. 2. Partidos Políticos. 3. Partidos de Izquierda. I. Título.  
CDD 320.01

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2009, Ediciones Manantial SRL

Avda. de Mayo 1365, 6° piso

(1085) Buenos Aires, Argentina

Tel: (54-11) 4383-7350 / 4383-6059

info@emanantial.com.ar

www.emanantial.com.ar

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# Índice

<i>Introducción</i> .....	9
I. Crónica provincial .....	23
II. Propositiones sobre Mayo .....	43
III. La ley de los grandes números .....	57
IV. El regalo .....	69
V. La Izquierda Proletaria.....	83
VI. Conversación nocturna.....	109
VII. La Historia vuelve .....	127
VIII. El judío de revolución .....	145
IX. El presente humillado.....	165
<i>Nota final</i> .....	181

## Introducción

Quisiera hablar del izquierdismo al que adherí entre el invierno de 1968 y el verano de 1971. Dado este propósito, es ineludible para mí hablar de Mayo del 68. Debo evocar también los períodos que antecedieron y siguieron. De 1965 a 1975, imprecisos mojones que sólo sirven para fijar la atención.

Una recapitulación no explica nada. En este caso, a lo sumo permitirá señalar un itinerario; no el mío, estrictamente hablando —¿quién lo conoce?—, sino un itinerario no muy diferente del que imagino haber recorrido. En el transcurso, habré examinado algunos aspectos de lo que pensó la pequeña burguesía intelectual, en Francia, cuando se dejó ganar por el afán de aventura.

La pequeña burguesía intelectual merece que nos interese-mos en ella. Conozco bien este conjunto social, puesto que pertenezco a él. Pese a ello, no lo tengo a menos. Muy por el contrario, considero que su papel fue, es y será decisivo. Aunque elija hablar de acontecimientos y discursos que le conciernen, no desconozco las dificultades. La pequeña burguesía intelectual tiene la particularidad de querer ser mediocre, especialmente cuando ha dado pruebas, una vez por azar, de no serlo. Esta preferencia por representaciones que la degradan forma parte de sus cualidades esenciales. No me siento obligado a tomarla en cuenta.

Afirmo que Mayo del 68 y el izquierdismo concernieron a la pequeña burguesía intelectual y a nadie más. Ni a las periferias urbanas, ni a los pobres, ni a los sindicatos, ni a los obreros, etc., etc.; estos vinieron a continuación, como suplemento. ¿Por una vez, o como de costumbre? La cuestión se plantea; se plantea en todo caso para Francia. Afirmo que, entre los episodios por los que Mayo del 68 y el izquierdismo fueron posibles, los más importantes conciernen a la pequeña burguesía intelectual. En esto, adhiero a una postura generalmente aceptada. Afirmo también que no es una razón para despreciar ni a Mayo ni al izquierdismo. En esto, me aparto de cierto consenso. Tanto entre los amigos de Mayo como entre los adversarios de Mayo, tanto entre los amigos del izquierdismo como entre los adversarios del izquierdismo, el sempiterno reproche resuena, modulado unas veces como lamento, otras en broma: «Jamás se unieron a los obreros.» ¿Y entonces? Sin embargo, habrá que hacerse a la idea; durante un tiempo, la pequeña burguesía intelectual dijo e hizo, por sí sola, cosas interesantes. Efímeras quizá, absurdas, criminales a veces, limitadas seguramente, pero interesantes.

Hablo de Mayo del 68 a propósito del izquierdismo. No por creer que tienen mucho en común. A decir verdad, los considero dos secuencias absolutamente diversas. El caso es que se cruzaron en el tiempo y en el espacio. Si me examino, no quedan dudas: sin Mayo, jamás hubiera sido izquierdista. No creo ser el único en esta situación.

Es mi turno, pues, de hablar de Mayo; sé que no soy ni el primero ni el único en hacerlo. Los libros sobreabundan. Todo se ha dicho desde que hay ancianos y que descubrieron serlo de un modo definitivo. Esto me sirve.

Puesto que se ha dicho todo, me dispensaré de volver sobre fechas y lugares; me limitaré a lo que me importa: enunciar de la manera más clara posible lo que comprendo ahora de cuanto vi, oí e hice entonces. Ni más ni menos, aunque es mucho porque, en su momento, no comprendí nada. Nada especialmente de lo que veía con mis propios ojos. En cuanto a las jornadas del 15 y el 16 de mayo en el Odeón y la Sorbona,<sup>1</sup>

puedo decir que estuve; ahora bien, en ese momento bastaba con estar presente para ser actor. Había cesado la división que separa en general a los actores de los visitantes ocasionales; por su sola presencia, el visitante se implicaba en la escena. En las barricadas de las primeras semanas no estuve, pero vi sus huellas inmediatas. Actor o no, testigo o no, todo fue para mí igualmente opaco. No obtengo de ello ninguna honra ni siento ninguna vergüenza.

La oscuridad y la confusión reinaban igualmente en todos, gobernantes y manifestantes, políticos de la gestión prosaica y políticos de la radicalidad revolucionaria, amantes del orden y enamorados del desorden; basta releer, para convencerse, las declaraciones de los actores-testigos, sean antiguas o recientes. Nadie comprendía lo que pasaba ante su vista. Nadie sabía lo que estaba haciendo allí. Nadie sabía lo que decía. Ninguno de los que encarnaban el movimiento y ninguno de los que encarnaban su rechazo. Cuando leo lo que unos y otros publicaron después, no me parece que las cosas hayan avanzado mucho con los años.

Por mi parte, no disfrazaré la verdad. Al comienzo estaba atontado y, en consecuencia, mudo. Después del 16 de mayo, a medida que los acontecimientos –utilizo el término a propósito– se encadenaban, poco a poco me fui persuadiendo de que empezaba a entender; siendo como soy, esto significaba que empezaba a poder construir frases, a encadenarlas en párrafos y a redondear el conjunto en una interpretación teorizada. Pero, para ser francos, yo comprendía en la exacta medida en que empezaban a volver, una por una, las formas interpretativas de la víspera o incluso de la antevíspera. Los intelectuales, los obreros, los sindicatos, la policía, los aparatos de Estado, las huelgas, la represión y todo el séquito de ese cifrado que se suponía, y se supone aún, deletrea lo serio en política. Puesto que yo había dejado París para reunirme con Jacques-Alain Miller en Besançon. Allí, las fábricas estaban al alcance de la vista. Entre ellas, la Rhodiaceta, donde la huelga de marzo de 1967 había dejado su sello en los espíritus. Y esto participaba de lo serio.

Lector de periódicos y lector de Marx, yo practicaba al menos dos lenguajes políticos, el del juego parlamentario y el de la lucha de clases. Sabía manejar, tanto como cualquiera, su alfabeto, su sintaxis, su léxico, su estilística; sabía, en particular, que había que insistir fuertemente sobre su radical diferencia a fin de interpretarlos mejor el uno por el otro; al ritmo pendular de las traducciones, había aprendido también que era preciso determinar cuál de los dos lenguajes iba a tener la última palabra. A esto se le llamaba «elegir el propio bando». De aquí pueden resultar acciones no exentas de consecuencias ni de riesgos. La guerra de Argelia, todavía muy próxima, bastaba para recordarlo. Pero, cualquiera que fuese el desenlace, elegir a qué bando se pertenecía era primeramente, para los intelectuales de esa época, elegir un lenguaje.

Ahora bien, durante las dos primeras semanas de Mayo sentí que esa elección perdía sentido porque ninguno de los dos lenguajes funcionaba más. El del juego parlamentario se mutaba en improvisaciones de payaso blanco; ¿quién osará nunca describir el ridículo en el que cayeron entonces las glorias de la República? Por mi parte, jamás lo olvidé; siento desde entonces el más profundo desprecio por ese enjambre de histriones sedentarios. En cuanto al lenguaje de la lucha de clases, salvaba las apariencias pero, bajo su corsé de ballenas, no valía más que el otro; jamás logró fabricar una sola expresión correcta sobre los acontecimientos; en verdad, estaba destinado a explicar que nada de lo que tenía lugar en Mayo tenía verdaderamente lugar. Después del día 16, las dos máquinas de lengua se pusieron lentamente a funcionar de nuevo, una oponiéndose a la otra y por eso mismo respaldándose la una a la otra. Su despertar señalaba el comienzo del fin. Entre espectadores y actores, se restablecía la división que las primeras semanas habían anulado.

En ese momento, dejé la posición de espectador y me comprometí, como figurante, con Mayo del 68; era el instante exacto en que el meteoro se alejaba y empezaba a desintegrarse. Se alejaba con particular rapidez del lugar en el que yo estaba, pues, en Besançon, estudiantes y obreros se reunían y se habla-